



Siguen en primer plano los sucesos de la Universidad de El Salvador. Decíamos ayer que las acusaciones directas contra la policía universitaria, las autoacusaciones, no eran más que media verdad. Efectivamente, hoy nos encontramos ante un nuevo dato desolador: la implicación y la detención del Decano de Derecho, cuando partía "ocasionalmente" para Miami.

Ante estos tremendos hechos uno de nuestros sesudos orientadores de la opinión, propone en el Diario de Hoy que se haga borrón y cuenta nueva de lo ocurrido en la Universidad. Ni siquiera el CAPUES está de acuerdo con él, cuando reclama públicamente la depuración de responsabilidades y el castigo de los culpables. No es hora todavía de empezar cuentas nuevas sino de aprender la lección pasada, sacar de ella todas las conclusiones. Sólo así habrá una ligera esperanza de no volver a caer por enésima vez en los mismos trágicos errores.

La primera de estas lecciones es la tremenda descomposición moral en que ha caído el país. La continua propaganda contra la subversión y el comunismo se ha convertido en una tupida cortina de humo para que las autoridades políticas, los medios empresariales, los periódicos y radios, la conciencia ciudadana presten atención a lo que está sucediendo realmente en el país. Lo de la Universidad no es más que un aspecto de la cuestión, tanto más grave cuanto que debería ser un dechado de capacidad y de moralidad. No queremos ni imaginar que un Decano y un Decano de la Facultad en la que se imparte oficialmente la enseñanza teórica y práctica del derecho, pueda estar involucrado ni de la forma más remota con el asesinato de otro decano y de varios miembros de la comunidad universitaria. No queremos ni imaginar que el resto de los miembros del CAPUES hay tenido la menor connivencia o falta de cuidado para que sucesos como esos hayan podido ocurrir. Basta ya con lo ocurrido y comprobado para ver cómo está de corrupta nuestra moral social y pública.

La segunda lección es lo peligroso que resulta jugar con fantasmas. Se pone delante el fantasma de la subversión y del comunismo y en nombre de ese fantasma se olvidan los problemas reales y se cometen las mayores atrocidades. El problema real del país y el



problema real de la Universidad no están en la subversión y el comunismo; esos serían males episódicos y superficiales. El problema real del país y de la Universidad está en lo corrompido de las estructuras y de las personas y en la incapacidad de las personas y de las estructuras. Este mal tiene múltiples ramificaciones y versiones, pero queda bien tipificado como corrupción e injusticia estructural, corrupción e incapacidad de las personas encargadas de poner remedio a los problemas del país.

La tercera lección es el modo lamentable como se ha llevado la conducción de la Universidad. Se supuso que estableciendo un ordenamiento cuartelario con lujo de represión, que seleccionando autoridades anti-comunistas y pro-capitalistas dispuestas a gobernar férreamente, que prefiriendo la lealtad a la capacidad y honestidad, se podía empezar a resolver el problema de la Universidad. Acabamos de ver por los hechos que esto no es así. Sólo soluciones universitarias -lo cual no significa soluciones profesionalizantes- pueden servir para el problema de la Universidad. Y nos tememos que desde 1972 para acá lo que se ha ido arbitrando para la Universidad no son precisamente soluciones universitarias.

La cuarta lección es que sólo sujetos de capacidad y de limpieza ética irreprochables pueden empezar a ver cómo sacar del atolladero el carro de la Universidad. Sólo hombres que merezcan la máxima credibilidad ética y técnica pueden ayudar a ello. Lamentablemente esa credibilidad no la pueden ya gozar las actuales autoridades. Sucesos tan graves como los asesinatos y la larga permanencia de un cuerpo de vigilancia corrupto, sucesos tan graves como la implicación de un Decano, colega diario de los otros Decanos y súbito inmediato del Rector, lo prueban sin lugar a dudas. Decíamos ayer que ante estos sucesos sólo hay una salida honorable y eficaz: la dimisión de todas las autoridades, la dimisión de todo el CAPUES. Después vendrá el arbitrar caminos nuevos para este problema viejo.

Por eso nada de borrón y cuenta nueva. Es preciso aprender bien la lección en el análisis de una carrera de errores y de fallas morales. De lo contrario volveremos a lo mismo. Por motivos mucho más baldíos se ha cerrado en otras ocasiones la Universidad de El Salvador.

20-Oct-78